

EL TÚNEL

© 2009. Mariano Blasco Valle

© 2009. Casa Eolo, S.L.

Publica y edita:

Casa Eolo, S.L.

Pedro Arnal Caverro 22

22001 HUESCA (España)

www.casaeolo.com

www.casaeolo.es

e-mail: eolo@casaeolo.com



Reservados todos los derechos.

Se autoriza la reproducción y difusión de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente, el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar (www.casaeolo.com).

EL TÚNEL

La estación conservaba dos vías pero sólo una tenía la vegetación rasurada hasta las traviesas. La otra, la más alejada, dejaba crecer los malvaviscos anudados a los tablones y sobre ella, un vagón desbencijado, prestaba su panza de ballena varada para que Miguel pudiera esperar escondido la llegada del correo.

El pueblo, en su humildad, recibía sólo dos convoyes y por eso, los canchos de la "uno", mostraban manchas de aceite fresco. Pero en "la dos", en "la muerta", en la "deshabitada" podía el crío contradecir la sabiduría del maestro...

-¡Mentiroso! Dice que la vías no se ajuntan... ¡Ya lo creo que se ajuntan! ¡Mu lejos, pero se ajuntan...! Lo que pasa es que no se ha arrodillado pa miralas... Un día lo traigo pa que lo vea...

Provocar al jefe de la estación era fácil. No había más que repetir esa postura de "comanche" pero sobre "la viva" sobre la "peligrosa". Miguel sabía que, cuando apoyara la oreja sobre el filo del metal, Julián iba a salir gritando como siempre...

-¡Zagal de los...! ¡No te quedarás ahí hasta las ocho! ¡Entra y cierra que hace un frío que pela los tiestos!

Pero Miguel no huía de la cárcel para meterse en el calabozo.

-¡Ya! Me escapo de clase pa no estar encerrao y vi a meteme contigo en la garita ¡Anda y que te zurzan subteniente!

Al jefe le llamaban "subteniente" por el laurel rojo que con orgullo lucía sobre la bocamanga de su chaqueta. Quince años llevaba ejerciendo en esa misma estación, no le pagaban mucho, pero con eso y con el campo pasaba... Además, el trabajo era cómodo. Un expreso por la mañana, el correo de las ocho y atender un tramo de cuatro kilómetros constituían todas sus responsabilidades. Ahora sólo tenía dos preocupaciones; la primera, que el reloj de esfera marfileña atrasara tras quince años de pulsar por la prosperidad del pueblo; y la segunda, la peor, que ese galopín solitario siguiera escenificando sus aventuras tan cerca de las vías... Y es que Julián intuía el destino del crío cuando los números romanos se ajustaban a las ocho, pero...

-¡Qué diantre!, ¡Si ni su padre se preocupa!,...

En verano el arco posterior del túnel era azul, pero ahora, en Noviembre, se volvía oscuro y sólo alguna estrella inquieta permitía asegurar que el fondo no estaba tapiado con ladrillos negros.

Miguel hacía equilibrios sobre un raíl, y sobre esa "cuerda floja" se adentraba en el silencioso tubo hasta dominar, con un giro de cuello, su entrada y su salida. Cuando olía a hierba mojada, cuando oía el rítmico y metálico golpeteo de las goteras estaba seguro de encontrarse en el punto de óptima espera. Allí el suelo vibraba avisando de la llegada de su "amiga". Allí, presentía las oscilaciones sin necesidad de estar alerta y podía meterse en el hueco lleno de cables para ocultarse de las miradas inoportunas. Pero esta vez el tren venía con retraso y los minutos se alargaban aburridos. Cuando la quietud se hizo insostenible optó por salir de la guarida para saltar entre los pretiles. De repente, el silencio se trocó en murmullo. El faro de la "briosa" asomó por la boca más alejada y el ábside se llenó de bruma. Asumiendo que ya era tarde para llegar a la

oquedad se arrimó instintivamente contra la pared y un vapor caliente sopló los zarcillos de su flequillo. Un silbido metálico le estremeció y creyendo oír el grito de una bruja cerró los ojos Fiiiiiiiiii "¡Chu.. chu!" Cuando el fantasma hubo pasado las impostas de los arcos seguían pulsando al ritmo de sus arterias... ¡Ciento veinte! ¡Cien! ¡Noventa...! Y luego placer, placer y éxtasis de ignorada procedencia pero que con su picorcillo le transportaba al lejano Oeste, a las guerras de las Cruzadas, a los castillos habitados por princesas y dragones...

El furgón de cola se detuvo frente a la bombilla con sombrero chino. El reloj señalaba las ocho y diez. Hacía frío. Un escalofrío le hizo meter las manos en los bolsillos y se encaminó a la garita seguro de que el "jefe" le dejaría coger alguna castaña de las que asaba sobre la estufa. Se preguntaba por qué le gustaba esperar al tren dentro del túnel. No sabía la razón pero sentía lo mismo que en aquella ocasión, cuando durante las fiestas, se escapó una vaquilla y le encorrió hasta la plaza; o lo mismo que al saltar la tapia del huerto de "don Duros", sabiendo que "Criminal" no atiende a ese nombre por capricho. Al principio un nudo le impedía tragar... Después lo pasaba mal... Pero al final, cuando el peligro desaparecía se relajaba orgulloso... Más que si hubiera sacado buenas notas.

Abrió la puerta acristalada y un agradable calorcillo le envolvió. El maquinista vociferaba entre aspavientos pero no reparó en la conversación. Saludó con un remilgado... "*A las buenas noches*" y antes de cerciorarse de si en la tapa rufiente había castañas recibió una, tan grande, que le hizo aullar más que la locomotora.

-¡Toma! ¡Y espera que no ha de ser la única! ¡Ahora mismo han ido a buscar al cabo y a tu padre!

Julián le estiraba de la oreja pero, estando tan fría, no sentía dolor, es más, creyó que la había perdido y mientras miraba al suelo para encontrarla comprendió el tema central de la fiesta... ¡Estaba claro! ¡Le habían visto! Pero es que tantas veces había hecho lo mismo sin que le hubieran descubierto...

-¡Qué susto! ¡Virgen mía qué susto! -Gemía el maquinista mientras intentaba dar suelta a su particular ración de mojicones-

-¡Crío de los ... ones ¡Ven aquí! ¡Toma!

Pero Miguel en un habilidoso requiebro escapó de los sopapos y arrojado en la misericordia de dos desconocidos repitió para sus adentros... ¡Me han visto! ¡Me han caído!

-¡Espera, espera! Que ahora vienen el cabo y tu padre...

Y el cabo llegó primero. Anselmo, con el capote húmedo y la partida de dominó interrumpida, traía cara de pocos amigos. El telón se había levantado y si en efecto, su padre era también actor invitado la obra tenía visos de tragedia.

-Yo no asumo responsabilidades. - Repetía Julián-

-Estoy por dar parte a la Dirección Nacional de Ferrocarriles -Añadía el maquinista-

-Que venga su padre ¡Coño! que es menor... -Insistía una y otra vez el cabo

Cuando su padre entró en escena comenzó el tercer acto y fue el peor. Ahora los golpes. estaban asistidos por el "derecho natural". Tenían consideración de "legales" y como tal los repartió ¡Vaya si los repartió! Para deleite de los ofendidos fue recorriendo bofetada a bofetada la economía externa del chaval hasta que otra vez, gracias a los desconocidos, la paliza aminoró. Cuando parecía que la tremolina se diluía Miguel

creyó que todo había acabado pero, la frase con la que el ofendido progenitor hizo caer el telón, no auguraba lo mismo.

-Y esperen que esto no termina aquí, que ahora vamos pa casa...

Esa noche Miguel no pudo conciliar el sueño. El colchón había cambiado la lana por piedras y los gritos que venían desde la cocina le hicieron temer un bis del “estreno”.

-¡O te encargas del crío o lo hago yo! ¿Pues no que hace pirola para esperar al tren en el túnel? Y encima se atreve a decir *"Pero padre si lo he hecho muchas veces"* *"Pero si no pasa na, si no pasa na"* ¿Qué no pasa na? *"Que no padre, que no. Que cuando falta poco pa que me coja me meto en el hueco de la luz ..."* ¡Será cabronzuelo! ¡Pues eso! ¡O lo cuabras tú o lo cuadro yo! Porque la vergüenza qui he pasao no la paso más... ¿Te imaginas al maquinista cuando ve al mochuelo apretao contra la pared? Lo que el hombre decía... *"Si freno a escarrilar y si no freno me lo cargo."* ¡Joder! Y menos mal que el cabo tenía prisa por zanjar el asunto porque hemos estado apunto de denuncia. ¡Lo dicho! Que lo cuabras tú o lo cuadro yo, porque... Y es que to es culpa tuya. A ver si voy a tener que dejar el trabajo pa vigilalo ¡Cagon...!

Tiempos de desgracia pensó Miguel. Recapitó sobre su infortunio y acertó al pensar que el foco de la locomotora le había iluminado.

-Eso me ha pasao por no quedarme agazapao en el escondite... Pero es que tardaba tanto... ¿Y ahora? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que pueda sentir el tren sin tener que dar cuentas a nadie? ¡Mala sueerte! ¡Muuuy mala suerte...!

Y se quedó dormido.

La resaca amarga duró siete meses. Todas las tardes su padre, con gran sacrificio, dejaba la taberna y lo recogía en la escuela para acompañarle "esposado" hasta el portal de la casa. Luego cerraba el pestillo y antes de volver a "sus quehaceres " le espetaba con sorna...

-¡Venga "ferrocarriles" a poblemate que pa eso eres joven...! ¡Ja!

En Junio acabó el curso y el cabeza de familia se marchó a la siega. Su madre se pasaba el día en el lavadero y sin controles pudo Miguel volver a la estación. Cuando lo hizo saludó al jefe que ya no vestía de azul ni mostraba el galón en la bocamanga. El viejo reloj tampoco pendía orgulloso de la marquesina. En su lugar habían colocado uno de esos que "vuelcan las horas como las hojas de los calendarios". La vía del andén principal era diferente, más ancha, y la garita del subteniente había cambiado la madera por aluminio. Dentro, un panel repleto de lucecitas le recordó al ti vivo de las fiestas y lo más llamativo, por una rejilla con forma de panal salía una voz que no dejaba de repetir... *"Atención, atención 2-4-2-4 salida a la 20,30 Paso... Atención 2-4-2-4... Previsto 20,50..."*

-¿Qué es ésto Julián? -Preguntó el niño-

-Ya ves. Ha cambiado todo ¡El progreso muchacho! Es el progreso que nos ha llegado de repente.

-¿Y eso qué es?

-Los nuevos tiempos chaval. Por aquí pasa el Talgo ¡Sí! El Talgo. Pero ya lo verás... Por cierto ¿Cómo es que te han dejado venir por aquí?

-*"Atención 2-4-2-4." Atención 2-4-2-4... Previsto 20,50...*

-¿Y qué es el Talgo Julián?

-¿El talgo? ¿No sabes qué es el Talgo? Pues... Un tren ¡Bueno! Un demonio Un demonio moderno que no echa humo, todo de metal y que corre como las chispas ¡Ya lo verás!

- ¿Y para aquí?

-¿Eh? ¡No jodas! Aquí va a parar... ¿El progreso parar aquí? No hijo. Y anda pa casa que tengo que hacer...

-¿Y por qué no para aquí el progreso?

-¡Anda pa casa!

El jefe desconectó la emisora. Salieron de la “oficina” y Miguel se quedó mirando esos gusanitos que se encendían progresivamente simulando una fila de procesionarias. Fuera, una placa redonda con la silueta de un hombre traspasado por un rayo, llamó su atención y como iluminado por otra chispa imaginó lo que sería sentir dentro del túnel a ese "Talmo"o "Tango"

- Hasta aluego Julián. Dale saludos al progreso...

- Con Dios hijo...

Miguel sabía que iba a ser observado y por eso no se encaminó directamente al "objetivo". Dio un rodeo y accedió a su lugar secreto por la boca posterior.

Encontró la bóveda remozada, le pareció demasiado limpia. Buscó el hueco donde solía ocultarse pero ya no existía. Comprobó que desde la vía a la pared apenas había espacio para hacer equilibrios y unas rayas rojas horizontales le convencieron de que aquel ya no era su túnel. No olía a húmedo, no estaba oscuro, no daba miedo. Le habían robado

su cueva y ya no le gustaba pero decidió quedarse para conocer al presumido tren que tantos lujos necesitaba...

No esperó mucho tiempo. Sintió vibrar el suelo en un arrullo suave. La sensación era desconocida. Presentía que el "progreso" estaba cerca. Un émbolo de aire a presión estimuló uniformemente su cuerpo. Su piel detectó una presencia fantasmal pero el silencio engañoso persistía. A través del arco que daba a la estación vio a Julián gesticulando, como si quisiera decirle algo, pero no podía oírle. La escasa luz interior desapareció engullida por una sombra y entonces... No tuvo dudas. Algo grande se acercaba por la espalda. Volvió la cabeza y un ojo brillante le miró veloz. No pudo reaccionar. Jamás había visto algo parecido. La ausencia de traqueteo le había confundido, no había temblores ni humo y los metros fueron cortos...

El médico titular tuvo que hacer de improvisado forense. Recogió los zapatos del muñeco a muchos metros de donde presumiblemente se encontraba el cuerpo. El féretro que trajo la ambulancia parecía un capullo blanco de excesivo tamaño para contener la triturada crisálida. La guardia civil cercó la zona y con diligencia instruyó un informe sobre la conveniencia de vallar el acceso al túnel.

Cuando llegó el padre comentó que *"Algo así se esperaba"* y culpó de todo a su mujer. Ella sólo lloraba. El pueblo achacó el accidente al condenado tren *"Por correr tanto sin chiflar"*... El cura volvió a afirmar que el progreso no podía traer nada bueno y aquel verano las amapolas de la vía fueron más rojas que otros años (O al menos eso me pareció a mí)